

RABEE JABER

LOS DRUSOS DE BELGRADO



OCEANO

**HOTEL
DE LAS
LETRAS**

RABEE JABER

**Los drusos de
Belgrado**

OCEANO

A Renée y Marwa

Esta novela es fruto de la fantasía y cualquier semejanza entre sus personajes, hechos y lugares con personajes, hechos y lugares reales es mera casualidad ajena a toda intención.

MONTENEGRO, 1872

«E l temblor del suelo y el ruido me despiertan. ¿Dónde estoy? ¿En la prisión de Herzegovina o en la ciudadela de Belgrado? Los grilletes de hierro me impiden incorporarme, pero alargo el cuello e inconscientemente, como en aquellos lejanos años en mi lejano país, casi grito: "Huevos, huevos, huevos cocidos". Oigo carreras y gritos, luego inquietantes golpes encima de mí –en la superficie–, como si fabulosos y gigantescos animales corrieran atropelladamente, cayeran y murieran. Un horrible mugido llena el espacio y huelo carne abrasándose. El horror me penetra como filo de espada. Un sudor gélido me moja el cuerpo. Me quedo petrificado, como en las pesadillas – en el momento justo en que el estallido de los fusiles precede a la caída de Qásim junto a sus hermanos, sobre la tierra mojada–, sabiendo que tal vez no salga jamás de aquí. ¿Por qué he de morir en este lugar sin volver a ver a mi esposa, ni a mi hija, ni mi casa? Salí una mañana a vender huevos cuando el sol aún no había despuntado tras el monte Sennione. Hace diez años, hace once, hace doce. La tierra se derrumba sobre mi cabeza. ¿Es que está escrito en los cielos que me entierren vivo, estando preso sin culpa alguna, en esta tierra extraña?

»¿Dónde está la justicia? ¿Cómo puede Dios hacerme esto? ¿Y Haylana? Y la pequeña, ¿cuánto habrá ya crecido sin que yo la haya visto ni oído su voz? Fuego y humo. Al-

boroto tras los muros. Gritos encima y debajo de mí. No estaba seguro antes, pero ahora lo sé: hay presos debajo de mí también; hay otro piso debajo.

»Mi mente está dividida en dos. Una mitad aterrorizada ve en la oscuridad manos y pies intentando en vano liberarse de los grilletos; la otra mitad está serena, despreocupada, y vaga hacia lo lejos: si es mi última hora, pido ver ante mí caras conocidas a las que amo, y no éstas. Me arrojaron aquí hace siete meses y en todo este tiempo no he trabado amistad con ningún preso. Me encadenaron a una barra corroída por el óxido en un rincón vacío donde el suelo en pendiente hace que el agua se acumule cuando llueve. “No pasarás sed”, me dijo sonriendo el carcelero pelirrojo al salir, con el tintineo del manajo de llaves al costado. “Pero sí hambre”, dijo una voz en la oscuridad, y el lugar se llenó de risas chillonas. Sentí rechinar de dientes y traqueteo de cadenas y, como sucedía cada vez que me trasladaban, perdí el control de mi vientre y me ensucí. Levanté la cara sin preocuparme por los demás, ya que la oscuridad era total. Me pareció que hablaban la lengua de los carceleros de esta región –lengua de la que algo aprendí en la Ciudadela Blanca–, pero mientras me insultaban descubrí que provenían de diferentes lugares y que hablaban más de un idioma. Me preguntaron mi nombre, de dónde venía y por qué estaba preso. No respondí, para que no supieran, por mi voz ahogada, que lloraba. A la hora de la comida la celda se abrió y echaron comida en la olla, junto a la puerta. Al estar encadenado en el rincón más alejado me quedé sin comer.

»Mis huesos pesan en un saco de piel que intento levantar, pero no tengo fuerzas. Oigo el entrechocar de cuerpos, cadenas y cabezas –algunos presos están encadenados entre sí–; luego una voz aguda que grita y llama a los carceleros. El humo se filtra hasta aquí. Toso, y otros también, y

cuando alguien choca conmigo, comprendo que la salvación es posible. Alargo la mano y agarro una pierna o un brazo. Los sonidos en la celda cambian, y siento que la puerta se ha abierto, aunque la oscuridad permanece. Quizá sea de noche en el exterior. Un objeto me impacta en el rostro, caigo hacia atrás y me golpeo en la cabeza. La sangre me inunda boca y garganta como en el muelle de Beirut hace doce años. No sé de dónde le vienen las fuerzas a mi cuerpo hambriento y derrumbado, pero alargo los brazos de nuevo y, como una fiera, me aferro al hombre aterroizado que intenta huir y clavo mis dedos en él. Extrañamente, tengo una erección. Me golpea de nuevo, pero en esta ocasión utilizo mis dientes. Los hundo en la carne, en el hueso, y me niego a que me dejen allí para acabar asfixiado. Las llaves resuenan, huelen, y en las ropas del hombre siento el aroma del exterior. Alguien tira de mí y me caigo. Sé que estoy muerto. Incluso mis dientes se han desprendido de mis encías enfermas. Mi cuello se afloja y mi cabeza cae. Un líquido salado penetra en mi nariz y en mis ojos. En la ropa del hombre que abrió la puerta hay olor a pan, azúcar y manzanas. Me trago la sangre y alzo el rostro. Perdida ya toda esperanza, el perfume a manzana me da fuerzas para abrir la boca y gritar: "Soy Hanna Yaqub".»

BEIRUT, 1860

Ésta es la historia de Hanna Yaqub, su esposa Haylana Constantin Yaqub y su hija Bárbara. En ella se narran las desgracias que acontecieron a una pequeña familia beirutí por la suerte errada y por la presencia de aquel hombre de mediana estatura, moreno, de pelo y ojos negros, vendedor de huevos, en el lugar equivocado y en el momento equivocado.

Haylana temía por él cuando salía cada día temprano en aquella época, en la que había gran cantidad de militares y forasteros en la ciudad. Una guerra civil se había desencadenado en las montañas que dominaban Beirut, y tras batallas y masacres que se prolongaron durante tres semanas, los drusos derrotaron finalmente a los cristianos y conquistaron Monte Líbano. El virus de la muerte se propagó de boca en boca y por el aire hasta llegar a la ciudad de Damasco: los musulmanes asaltaron y quemaron, escopeta en mano, el barrio cristiano; la sangre corrió por los sumideros de las callejuelas. Los que salvaron la piel huyeron a Beirut. Bajaron entre piedras y zarzas, como rebaños escapando de los lobos, rodearon los muros de la ciudad vieja y se precipitaron dentro de ésta. Eran más que los habitantes de la ciudad, y Haylana sintió miedo cuando vio a niños flacos como cañas que no se parecían en nada a los que hubiera visto antes, casi desnudos, con los huesos abultando bajo la piel, saltar el muro de detrás de la casa y acercarse al ga-

llinero. Se asomó y escaparon. Se lo dijo a su marido cuando regresó por la tarde, y éste le preguntó por dónde habían saltado exactamente. Salió por la mañana sin la cesta de huevos, trajo piedras y elevó la altura del muro. Ella lo ayudó en esa tarea mientras Bárbara gateaba en el umbral y jugaba con mariposas de colores. Los olores de la primavera circulaban con la brisa por los jardines, pero ese año no eran gozosos. Haylana salió al mercado a comprar sal y se encontró con las callejas techadas entre la iglesia de Sayydat Nouriyeh y la judería bloqueadas por familias desgraciadas durmiendo en plena calle. Sintió miedo mientras intentaba encontrar dónde colocar el pie. Pisó una bolsa de yute y una mano emergió del suelo y la agarró por el tobillo. No gritó porque un rostro blanco de inmensa belleza apareció tras la mano y porque la mano aflojó su presión. Una niña de no más de seis años se incorporó, frotándose el sueño de los ojos con pequeños dedos de piel clara. «Buenos días», dijo, y por el tono de la voz supo Haylana que la niña tenía hambre.

Hanna regresó por la tarde empapado en sudor. Mientras se lavaba, con ella vertiéndole el agua, le informó que barcos de guerra habían bloqueado el puerto, que habían llegado desde Estambul y París, y que nadie sabía a qué venían. Ella le contó que había visto mujeres con acento de Damasco agolpándose alrededor de una cesta de pan delante de la mezquita del Omari. «Que el Señor se apiade de ellos», agregó Hanna, y a él le dio apuro decirle cuántas cestas de huevos había vendido ese día. Hasta ese momento siempre se lo había dicho, pero desde que la ciudad estaba atestada de gente salía hacia las granjas del Mousaitbeh, Ras y Achrafieh a comprar allí los huevos. Las gallinas del corral de detrás de la casa ya no daban abasto. Antes una sola cesta bastaba para un día, y muchas veces regresaba a casa medio llena.

No hizo caso a Haylana cuando, al levantarse de su lado en el amanecer de aquel último día funesto, le rogó colgada de su cuello que se quedara en la cama. Le dijo: «He visto en sueños que la cesta se había caído y que los güevos se habían roto». Él sonrió, como cada vez que ella le decía «güevos» en vez de «huevos», y le dijo: «No te preocupes, he cocido los huevos y si se quiebran incluso resultarán más fáciles de pelar». Al contrario que ella, en esa última mañana él parecía relajado, sonriente; y cuando con su meñique levantó el mechón del pelo de la cara de Haylana, su buen ánimo enterró los malos presentimientos. Y así abandonó el hogar, con dos cestas de huevos, sin saber que ya no volvería.

MEDIACIÓN EN EL CUARTEL

El jeque Gaffar Izzeddín llegó a la ciudad sobre una mula blanca y preguntó por la residencia de Ismail pachá, el Húngaro. Estaba cubierto de polvo y el sol de la larga jornada le pesaba al hablar. Pese a ello, los guardias de la Puerta de Derkaa sintieron la solemnidad del personaje. Tras la mula blanca, de la que no se apeó, aparecieron dos mulas grises más pequeñas, o tal vez fuera que el peso de la carga las agobiaba hasta parecer más cerca del suelo. Uno de los guardias dejó su puesto y caminó delante del jeque de barba blanca y turbante circular entre el gentío, los burros y las mercancías, abriendo a las tres mulas la senda hacia la plaza del Muro, donde un destacamento otomano había instalado un campamento temporal. El jeque Gaffar Izzeddín se tambaleaba, exhausto, en su montura, y sentía que el aire se le iba del pecho para no volver. En toda su vida sólo había bajado a Beirut dos veces: la primera con una caravana que desde Haurán había descendido desde la región de Chouf para las exequias del jeque Sabio de la comunidad drusa, tras lo cual completó el camino hacia la costa para comerciar; aquélla era la segunda vez. ¿Cuántos años mediaban entre una y otra? ¡Quizá cincuenta años! Pero ya era otra ciudad: casas sobre casas, tiendas apretadas con otras tiendas, gente sobre gente. El alboroto daba miedo. El cobre resonaba y muchas bocas hablaban al unísono sin que oído alguno atendiera. El guardia se detuvo al

comienzo de un camino que ascendía por una colina. Se enjugó el sudor del rostro y de la cabeza con la mano y se sacudió los dedos apuntando al suelo. Aquello agotó aún más al jeque. «Pregunte en la puerta del cuartel», dijo el guardia mientras señalaba con la cabeza el gran palacio que coronaba la colina. Tomó las dos piastras dando las gracias y le deseó suerte; luego se esfumó entre la multitud. En aquel instante se oyeron las llamadas a la oración. La luz de la puesta de sol enrojecía las caras. Delante de las tiendas de los sastres ondeaban telas colgadas. En su aldea, en lo alto de las montañas, el jeque Gaffar no había oído nunca llamar al rezo. Mientras ascendía por la colina hacia el cuartel, sus labios se movían inconscientemente: «Dios es generoso, Dios es misericordioso».

Aquel amanecer, cuando cargaba las mulas en compañía de sus nueras, se volvió hacia Um Alí –su esposa y prima–, medio escondida en el umbral y apoyada en la puerta con una mano, y temió verla caer de bruces. ¿Había llegado a esa edad para ver perder a sus hijos? Algunos de sus nietos dormían y otros se habían ya despertado, pero incluso los pequeños comprendían en aquel amanecer que no era momento de carreras, saltos y gritos. Mientras ajustaba las cinchas, su hija Bahiya se le acercó y le alargó la mano. De huesos grandes y más fuerte que un hombre, cuando acabó de ajustar los bultos acarició la mula y musitó algo. El jeque Gaffar no oyó la plegaria, ahogada entre los sollozos de sus nueras: sollozos contenidos, escapándose súbitamente desde lo más profundo, para ser luego devueltos al interior, como la saliva. Bahiya rodeó la mula, que masticaba cebada, se le acercó y le besó la mano. El jeque la abrazó, y ella le besó el hombro. No lloraba. Sus lágrimas se agotaron el día en que enviudó. Tras la batalla de Ain Dara no volvió a ser la misma. Ella se irguió, y cuando él la miró a la cara, compadeciéndose, queriendo decirle alguna pala-

bra amable, la situación le pudo: le pareció flaca, seca, pétre. Apartó el rostro, pero la menor de sus nueras, la esposa de Suleimán, lo salvó del apuro arrojándose entre sus brazos. Era su preferida, y la quería más que a una hija, hasta el punto de que en la enfermedad sólo aceptaba comer de su mano. Un aroma dulce y cálido que emanaba de su cuello moreno le llenó la nariz. Rezando por él, ella lo abrazó, y tras ella lo hicieron las demás, y luego los niños, después de lo cual se pusieron en fila frente al banco de piedra, como militares en formación. En ese instante estuvo a punto de abandonar sus planes, entrar y echarse a dormir, de puro cansancio. Pero respiró hondo, miró a Um Alí y dijo: «Reza para que nuestros hijos regresen a casa. A Dios le complacen los rezos de las mujeres». Seguidamente montó su mula, miró desde lo alto a Bahiya y dijo: «Bahiya, reza para que tu padre tenga éxito; reza por mí». Sabía de su inquietud y que no le convencía la idea de bajar a ver a Ismail pachá. El día anterior le había levantado la voz al saberlo: «¡Padre, cómo puedes humillarnos de esa manera!». La calló con un gesto severo de su mano y ella retrocedió como si la hubiera golpeado. Era de su misma naturaleza, aunque ella no lo entendiera. Mientras se alejaba sobre la mula blanca aquel amanecer, Bahiya comprendió que el jeque hacía aquello por Um Alí.

El aire de la montaña era frío al final de la noche, incluso en el estío. Recogió la capa contra su cuerpo y comenzó a rezar mientras descendía por el camino hacia el río. Con la salida del sol, una de las mulas tropezó y sintió huevos rompiéndose en una cesta. Se apeó y arrojó los huevos rotos contra las piedras junto al río, y recordó a Um Alí más joven, afirmando entre risas que los huevos rotos son un buen presagio.

MEDIACIÓN EN EL CUARTEL

2

Ali, su primogénito, murió en una emboscada en las afueras de Deir El Qamar. A Bahaeddín lo hirieron con espadas en la batalla de Zahle y murió en las cercanías de la ciudadela de Hasbaya. Al jeque Gaffar le quedaban cinco hijos, presos todos de Ismail pachá, el Húngaro, que aguardaban, junto a quinientos cincuenta drusos más, los barcos que los llevarían al exilio en la Trípoli libia y en Belgrado. Le habían dicho que Ismail pachá aceptaba las intermediaciones, y por eso fue. Pero en la cuesta hacia el cuartel, al ocultarse el sol, tembló. Recobró el ánimo al ver los ojos de los guardianes contemplándolo. El gran portón de entrada estaba cerrado y se apeó delante de otra puerta más pequeña. Asió firmemente las riendas mientras pronunciaba el nombre del pachá. Le explicaron que estaba cenando, así que esperó de pie, bajo el sicomoro en el patio del cuartel, mientras unos sirvientes transportaban parte de la carga de las mulas a las cocinas. El jeque Gaffar les daba indicaciones con su bastón tallado en madera de nogal y usando pocas palabras. Un escribiente salió del palacio y lo invitó a entrar y descansar. Un niño surgió de la nada, puso agua delante de las mulas y les echó cebada al suelo. El jeque le dio algunas piastras de una bolsa, como había hecho con los sirvientes de las cocinas, pero no entró y permaneció de pie bajo el árbol. Se lavó la cara, las manos y el cuello, be-

bió del agua salobre y comió higos que una de sus nueras le había metido en su zurrón. La noche había caído y los faroles habían sido ya prendidos y colgados cuando finalmente lo llamaron. En el instante en que penetró en el gigantesco edificio de piedra el zumbido de sus oídos desapareció. Supo que sus hijos se hallaban allí, en los sótanos del palacio.

Besó la mano del pachá y el anillo con un zafiro engastado. «Acomódate, jeque Gaffar», invitó Ismail pachá, señalándole unos almohadones cercanos. Le sorprendió que Ismail pachá lo llamara por su nombre. Era un hombre de tez extraña, que hablaba con voz queda, hasta el punto de que el jeque Gaffar, pese a su buen oído, debía esforzarse por entenderlo. Lo más extraño de su rostro era el ojo izquierdo medio cerrado: el párpado le colgaba como arrugado. Se mostraba relajado y afable mientras asía la boquilla del narquile e inhalaba una larga bocanada. Las lámparas de aceite colgadas iluminaban las bóvedas y se reflejaban en los mármoles de las esquinas. «¿En qué pensabas antes, bajo el sicomoro?», le inquirió Ismail pachá. El jeque Gaffar se echó hacia atrás, desconcertado. Se había inclinado al mover el pachá los labios para estar más cerca y oír mejor, pero no le sirvió de nada: ¿habría oído mal? Ismail pachá habló de nuevo señalando con la boquilla de marfil la ventana distante, invisible en la oscuridad: «Quise saber qué haría un jeque en tu lugar al estar solo». Antes de que el jeque contestara, el pachá movió la mano otra vez y uno de los que aguardaban de pie en la entrada se apresuró a atenuar la luz de las lámparas. Una tras otra las mechas se acortaban y las llamas se empequeñecían tras el cristal. El pachá ordenó esta vez en lengua turca: «¡Habla!». El jeque se esforzó por componer las frases en su mente. El pachá sonrió y removió nerviosamente su mano oculta entre los pliegues